

Día IV Octava de Navidad Santos Inocentes



28 de diciembre de 2023

1Jn 1,5-2,2

Sal 123

Mt 2, 13-18

P. Eduardo Suanzes, msps

Según el relato de Mateo, la familia de Jesús ha vivido la experiencia trágica de los refugiados, obligados a huir de su hogar para buscar asilo en un país extraño. Con el nacimiento de Jesús no ha llegado a su casa la paz. Al contrario, enseguida se han visto envueltos por toda clase de amenazas, intrigas y penalidades originadas por el Rey Herodes¹.

Todo comienza cuando saben que Herodes busca al niño para acabar con él. Este Rey idumeo, Herodes, (padre de aquel otro Herodes que aparece en los relatos con Jesús años más tarde), fue puesto por Roma para controlar la Palestina en favor de Imperio; era el prototipo de la crueldad, pues se deshacía de todo aquel que se interponía en su sistema planetario, en donde él era el sol, dueño y señor: fue capaz de planear el asesinato de su propia esposa asmonea, su suegra, su cuñado y tres de sus hijos. Así que no es de extrañar que cuando esos Magos le hablaron del Mesías, del futuro Rey de Israel, «se le abrieran las carnes» y buscara el modo de deshacerse de él antes de que le causara problemas una vez crecido. Casa perfectamente con su personalidad la tremenda sentencia de asesinar a los niños menores de dos años del área de Belén al comprobar que los Magos le habían dado esquinazo. Aunque es inexplicable cómo siendo tan famosa su astucia y crueldad pudo cometer una matanza políticamente tan torpe y estúpida.

En el dolor y los gemidos de las madres de aquellos niños vuelve a ver Mateo el cumplimiento de una frase profética del AT. Jeremías presenta a Raquel, la madre de las tribus de Benjamín y de Efraím (pero no de Judá), levantándose de su tumba, situada en Ramá, 8 km al norte de Jerusalén y lamentándose del destino de sus descendientes, llevados cautivos por los asirios (722 a.C). Estos lamentos de Raquel por sus hijos, «*porque ellos ya no existen*», se repiten ahora en los de las madres de Belén y sus alrededores.

Estando la familia viviendo en Egipto —continuará el relato de Mateo—, unos años más tarde (presumiblemente cuando Jesús tuviera dos años, más o menos), parece que, al fin, podrían disfrutar de paz pues, como le dirá el ángel otra vez a José, porque «*han muerto los que atentaban contra el niño*». La familia vuelve a Judea, pero se enteran de

¹ Cfr. JOSÉ ANTONIO PAGOLA. *Una familia de refugiados*. En www.feadulta.com

que allí reina Arquelao (uno de los hijos de Herodes el Grande), conocido por su "crueldad y tiranía", según el historiador Flavio Josefo. De nuevo, la angustia, la incertidumbre y la huida a Galilea, para esconderse en un pueblo desconocido de la montaña, llamado Nazaret.

¿Podemos imaginar un relato más contrario a la escena idílica del nacimiento de Jesús naciendo entre cantos de paz, entonados por coros de ángeles, en medio de una noche maravillosamente iluminada? ¿Cuál es el mensaje de Mateo al dibujar con trazos tan sombríos los primeros pasos de Jesús?

Lo primero es no soñar. La paz que trae el Mesías no es un regalo llovido del cielo. La acción salvadora de Dios se abre camino en medio de amenazas e incertidumbres, lejos del poder y la seguridad. Quienes trabajen por un mundo mejor con el espíritu de este Mesías, lo harán desde la debilidad de los amenazados, no desde la seguridad de los poderosos.

Es decir, aquí, con el nacimiento de Jesús, paralelo a él, sucede una catástrofe fruto de la crueldad más abyecta. Se establece la lucha entre el bien y el mal, entre la luz y las tinieblas. Y las primeras víctimas son como siempre, los inocentes, los ninguneados, los que nada cuentan. Salvajemente mueren unos niños sin nombre como tantos otros que mueren en nuestro tiempo. Pero no nos engañemos. Si Belén y sus alrededores tuviera 3.000 habitantes en aquel tiempo (y esto es mucho decir), estaríamos hablando de una matanza de unos 100 niños: terrible, sin duda. Pero ¿Cuántos niños sin nombre, perdidos, han muerto este año por causa de nuestro mundo cruel y sin entrañas? ¿Cuántos han muerto en estos últimos días en la Franja de Gaza: ¿6,000? ¿8,000?. ¿Y desde los últimos diez años? ¿Cuántos niños han sido salvajemente asesinados al convertirlos en niños de la guerra? ¿Sobre cuántos niños se ha ejercido el poder bestial de gente desalmada convirtiéndolos en objeto de placer?. Ya lo creo: *«Un grito se oye en Ramá, llanto y lamentos grandes; es Raquel que llora por sus hijos»*

Por eso, Mateo no llama a Jesús «Rey de los judíos» sino *«Dios-con-nosotros»*. Lo hemos de reconocer compartiendo la suerte de quienes viven en la inseguridad y el miedo, a merced de los poderosos. Una cosa es clara: sólo habrá paz cuando desaparezcan los que atentan contra los inocentes. Trabajar por la paz es luchar contra los abusos e injusticias.

En ese esfuerzo, muchas veces penoso e incierto, hemos de saber que nuestra vida está sostenida y guiada por la «Presencia invisible» de Dios al que hemos de buscar en la oscuridad de la fe. Así busca José, entre pesadillas y miedos nocturnos, luz y fuerza para defender a Jesús y a su madre. Así se defiende la causa de Jesús.

Pidamos a Dios la gracias en esta Eucaristía de saber cuidar a nuestros niños y que las políticas de nuestros gobiernos sepan atenderlos, junto con nuestros ancianos, en la escala de los más protegidos.